

RICARDO PALMA.

EL nombre de Ricardo Palma no es desconocido en nuestro país. Hace unos veinte años que en los periódicos de esta capital y en los de los Estados, se vienen reproduciendo sus bellas poesías y sus inimitables *Tradiciones peruanas*. Recuerdo bien que allá por el de 1872 cuando por iniciativa mía se estableció la edición dominical del *Federalista*, en forma de cuaderno, uno de los atractivos que ofrecía aquel semanario era la inserción frecuente de las regocijadas producciones del distinguido tradicionista limeño. Con vivo interés aguar-

daba yo la llegada de los correos de Sud-América, empuñando las tijeras de que el Sr. Bablot quería que se hiciese el menor uso posible, y buscaba una nueva *Tradición* para halagar, reimprimiéndola, á los lectores bien numerosos por cierto, de aquel semanario. Y no pasaban muchos días sin que á su vez los mejores periódicos de los Estados diesen cabida á aquellas amenísimas narraciones, sin decir, por supuesto, que del *Federalista* las copiaban.

Pasaron los años; el periódico del Sr. Bablot dejó de publicarse, y otros se encargaron de continuar aquella tarea, con gran contentamiento de los admiradores de Ricardo Palma, que lo son cuantos han saboreado alguna vez sus fáciles, entretenidos é intencionados escritos.

Esta predilección, no entibiada ni en épocas de combate para la prensa mexicana, tiene razón de ser. Las *Tradiciones*, sobre abundar en las galas del buen decir, encierran para nosotros un mérito que se impone: el de ser un vivo reflejo de las costumbres mexicanas en tiempo de la dominación española; á tal punto, que un plagiario podía habérselas apropiado cambiando únicamente los nombres de lugar y los de ciertos personajes. Pueblos de idéntico origen el peruano y el mexicano, es poco menos que imposible encontrar semejanza entre las costumbres de la capital de la Nueva España y las de la ciudad de los Reyes. Frailes, monjas, virreyes, luchas entre las potestades civil y eclesiástica; procesiones y autos de fe; naos que llegan de tarde en tarde; duelos por la muerte de un soberano y

fiestas y juras por la coronación de otro; fechorías de los piratas ó filibusteros que infestaban las costas por el Atlántico y por el Pacífico; y ruidosos capítulos conventuales, he allí los datos que las viejas crónicas del Perú y de México ofrecen por canevá para bordar las flores de la leyenda que transporta al desocupado lector á los monótonos días del coloniaje, monótonos sí, pero poéticos merced al misterioso encanto que ejerce en nuestro espíritu *cualquiera tiempo pasado*.

No tengo, pues, necesidad de ser difuso hoy que me propongo inaugurar una serie de estudios acerca de los escritores y poetas sud-americanos, con el relativo á Ricardo Palma. Le conocen bien los mexicanos por sus obras, y lo que me incumbe principalmente, es dar ciertas noticias biográficas, que servirán, cierto estoy de ello, para que le estimen más los que hoy le aplauden sin conocer en toda su extensión los servicios que á las letras latino-americanas y á las ideas liberales ha prestado el popular narrador de las *Tradiciones peruanas*.

Nació Ricardo Palma en la ciudad de Lima, el día 7 de Febrero de 1833. Educóse en el Convictorio de San Carlos, del que salió en 1853, después de haber cursado con aprovechamiento notable la Jurisprudencia, y el que debiera haber sido abogado, convirtiéndose, por extraño modo, en marino. Por eso Cortés en su diccionario biográfico americano, le llama "poeta y marino peruano" con gran extrañeza de los que ignoran que en la armada de su país prestó sus servicios como Contador ó Comisario de diversos buques, hasta que, en 1860, y á causa de una de esas revoluciones que tan

frecuentes eran en el Perú como en México hasta hace poco, fué desterrado á Chile. Allí permaneció unos tres años dedicado al periodismo, con aplauso del pueblo chileno.

Más tarde fué nombrado Cónsul del Perú en el imperio del Brasil captándose universales simpatías, por su trato personal y por sus escritos. Del Brasil salió para Europa y los Estados Unidos de Norte América. De retorno á su patria, fué secretario del caudillo revolucionario el coronel D. José Balta, acompañándole en los trances más difíciles. Triunfante la revolución y convertido Balta en jefe del Estado, confióle su secretaría privada, puesto en el que permaneció cuatro años, siendo á la vez Senador de la República en tres Legislaturas. No será por demás decir que, según el testimonio de un escritor, la honradez acrisolada de la administración de Balta vivirá en la memoria de los peruanos. Jefe de Sección en una de las Secretarías del Estado, sus servicios fueron importantes y se distinguió por su laboriosidad.

En 1863, dió á la estampa su primer libro: *Anales de la Inquisición de Lima*, libro que, como dice uno de los biógrafos de Palma, saludó entonces la prensa sudamericana con merecidos elogios, y que hoy buscan los escritores liberales como una verdadera joya, muy digna de conservarse entre los documentos históricos de su clase.

En 1865 publicó en Paris la colección de composiciones poéticas intitulada *Armonías*; en 1870 las *Pasionarias*, y en 1877 los *Verbos y Gerundios*, que reunidos

acaba de dar á la estampa con otras que ha dividido en las secciones *Juvenilia*, *Cantarillos*, *Traducciones* y *Nieblas*, formando un volumen de 500 páginas, que lleva por vía de prólogo un notable estudio anecdótico sobre los poetas peruanos, bajo el título de *La Bohemia Limeña de 1848 á 1860, Confidencias literarias*.

La aparición de cada una de esas obras de Ricardo Palma, ha sido saludada por el aplauso de los cultivadores de las buenas letras en todos los pueblos en que se habla el hermoso idioma de Quintana y Valera.

D. Luis Benjamín Cisneros, inspirado poeta académico, hace observar en el prólogo que escribió para las *Pasionarias* de Palma, en 1870, que casi no hay en toda la cadena de Repúblicas que baña el Pacífico, un solo nombre literario que no sea al mismo tiempo un nombre político, y en comprobación agrega, refiriéndose al bardo peruano, lo siguiente, que creo oportuno reproducir, porque da una idea exacta del carácter de Palma. "Comenzó, dice, por cantar las glorias de la patria en la epopeya de la independencia, y el sentimiento patriótico le llevó á apasionarse de las teorías liberales. El amor á la libertad se encarnó en su organización psicológica. Palma pensó, amó, sintió, aspiró, escribió, cantó, suspiró, combatió y sucumbió ó triunfó por el principio de la libertad. Soldado más ó menos prominente, más ó menos obscuro en las filas de sus correligionarios, en todas las circunstancias de su vida fué leal, impertérritamente leal, á su bandera. Ni las persecuciones, ni las enemistades gratuitas, ni los destierros, ni la pobreza, ni los desengaños, ni los dolores íntimos, nada

ha podido debilitar la fe de su alma, la valentía de su palabra, la energía de su pluma."

Hablando después el mismo Sr. Cisneros, de las poesías de Palma, que califica de hermosas y escritas bajo las impresiones siempre fogosas del amor á la patria y á la libertad, se expresa así: "Pero no es sólo la cuerda ronca, sonora y vigorosa del entusiasmo la que vibra en el arpa del poeta, ni es ella, á nuestro juicio, la que templa cuando arranca de su corazón los mejores cantos. Apreciamos más en Palma la dulce y amena galantería, su sencilla y graciosa fecundidad para con las bellas, su florida y cortés amabilidad, su filosofía rápida, casta, suave, á veces lóbrega, siempre verdadera, siempre melancólica."

El eminente escritor argentino D. Juan María Gutiérrez, juzgando los *Verbos y Gerundios* dijo lo siguiente: "Palma, bajo la capa de una chanza ligera, de un buen humor abundante y agudo, de una filosofía de manga ancha, esconde un odio instintivo á lo convencional, á lo trillado, á lo fingido, al plagio del sentimiento. Su poesía, más que desesperada como la de Byron, es cáustica y sin hipocresía, como la del alemán Heine, á quien imita á menudo. Él ha caracterizado así la retórica y la estética de sus simpatías:

Forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.
—Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

"Todo el libro de Hermosilla sobre el arte de hablar en verso, no es tan buen consejero como este epigramático concepto de Palma, al cual se ajusta invariablemente.

"Hay á veces en la poesía de Palma, (¿cómo nó, si es hombre?) ayes de sensibilidad, efusión de afectos; pero nunca lluvia de lágrimas, ni tronada de lamentos remedados, como en el teatro, con hilos de oropel y con tiestos huecos. Huye de esas falsas ilusiones que reproducen las mentidas profundidades de la idea, aparatos deslumbradores que agigantan lo que es microscópico y enano; ilusiones parecidas á las que causa el espejo de un pequeño gabinete que, reproduciendo la miniatura, la prolonga haciéndonos creer que estamos en un palacio. Los versos de Palma, de ninguna manera se parecen á esas pinturas en pequeñísima dimensión, que se esconden en el arco de un anillo mujeril, y, miradas al través de un vidriecillo prismático, aparecen grandes como los frescos de la capilla Sixtina."

Pero baste lo expuesto, con relación á las obras poéticas del fecundo escritor peruano, y veamos con cuánta justicia sus *Tradiciones* le han colocado entre los más egregios prosadores de nuestra época.

¿Qué son las *Tradiciones*? Son leyendas breves en las que no se pueden señalar cuáles son las lindes que separan la historia de la novela. Simón Camacho, escritor distinguido las define muy bien en las siguientes líneas: "Las *Tradiciones*, dice, son miniaturas cuya belleza no consiste en el tamaño, pues no aspiran ellas á proporciones colosales, sino en el parecido de la per-

sona, que aun vista por la parte ancha del antejo, al llegar al foco es de todos conocida, por el trasunto que es y lo hábilmente pintado; en lo característico de la escena que, si no pasó, debió pasar así y como lo dice el escritor; en los accesorios que caen tan en sazón que no traídos sino nacidos parecen sobre la pintura: en el color de los tiempos, que á nosotros nos es tan difícil encontrar, y que un poco de costumbre y una dosis colmada de talen o, se me figura que apiñaran facilidades para ofrecerse en montón á quien tiene la vena inagotable para dar y prestar: sabor tan puro, tan castizo, que falta no tiene, ni jamás sale sin el afamado *bouquet* del vino que encierra mil encantos de imaginación para los buenos bebedores, aun desde antes que el líquido les proporcione la sensación material con que en gustarlo se deleitan."

Miguel Cané, eminente prosista argentino, uno de los autores sud-americanos que con más elegancia escriben y con más refinado gusto juzgan las obras ajenas, decía en 1880, hallándose en Lima: "Acabo de releer la mayor parte de las tradiciones del inimitable narrador. Si á Ossian es necesario leerlo en la montaña; á Tennyson junto á un buen fuego, en una comfortable silla inglesa; á Beaumarchais, en Paris; y á Tasso, en Florencia, sostengo que á Palma hay que leerlo en Lima. Para el extranjero el teatro casi no ha cambiado. No conozco una ciudad que tenga un colorido más americano que ésta. Dios se lo conserve para reposar la mirada de aquellos *patiches* europeos que se llaman Valparaíso, Santiago ó Buenos Aires. En cuanto á los per-

sonajes fijad un poco la atención y la mirada hasta que los ojos adquieran aquella potencia óptica que, en la leyenda alemana, hace salir la figura de las telas y animarse los mármoles y bronces, y veréis encarnarse el personaje tradicional, y pasearse con toda tranquilidad por esta noble ciudad de los Reyes. Ese es mi encanto en los libros de Palma. La limeña que vuelve tarumba al mismo virrey en persona, con una mirada ó un chiste, la he visto ayer salir de Santo Domingo, con los ojos como ascuas, bajo el encaje del manto, con un pié capaz de desaparecer en la juntura de dos piedras, y aquel andar que hubiera hecho persignarse al mismo San Antonio. Todos viven; el reverendo padre franciscano, redondo, satisfecho, regordete, con la unción en el semblante, que da la digestión tranquila; el *zambito físico*, paquete, sonriente y decididor; el indio paciente y manso; todos viven, repito, pero me falta el virrey! Y yo amo al virrey cuando es genuino, legítimo, sin mezcla; cuando es virrey del Perú, en una palabra, y no aquella falsificación que se llamó virrey del Río de la Plata, venido á la vida en 1776, cuando los mismos reyes empezaban á liar petates, y los criollos á tener veleidades de libre cambio, y demás que nos cayeron encima juntos con la *patria*. He ahí á mi juicio, el puro timbre de gloria para Ricardo Palma. Walter Scott no ha dado más vida y movimiento al caballero de las Cruzadas; Mobley al Taciturno; ni Macaulay á Jacobo II que Palma á los virreyes del Perú. El azar no quiso que Molière los conociera y nos privó de una obra maestra; pero el autor de las *Tradiciones* ha

salvado el vacío de una manera prodigiosa. Si todo lo que Palma cuenta, no ha sucedido, peor para la historia. En cuanto á mí, declaro que por egoísmo, no se me ocurre poner, ni por un instante, en duda, cuanta afirmación hace el *encantador*."

Pongo punto final á las citas de las autoridades literarias que han encarecido los merecimientos del incansable narrador peruano, porque, de continuar, acabaría yo por formar un libro. ¡Tanto así se ha dicho en su elogio!

Tengo para mí que una de las cualidades más excelentes que brillan en las *Tradiciones* de Ricardo Palma, es la exuberante manifestación que en ellas hace de la riqueza y galanura del habla castellana. La posesión absoluta que tiene él del idioma sólo es comparable á la que demuestra Bretón en sus obras. Y es tan terso su estilo, tan grande su afluencia y tan fácil su expresión, que no creo que haya quien sienta cansancio ó fatiga leyendo días enteros sus *Tradiciones* que son hasta el presente en número muy próximo al tercer centenar.

Palma ha gastado mucha parte de sus fuerzas en el periodismo político, siempre combatiendo en las filas liberales, y como adalid dispuesto á perecer antes que á dejar entronizarse de nuevo en su patria á los jesuitas, que á título de difundir la instrucción, pugnan por avasallar las conciencias para apoderarse del poder civil más tarde y destruir las conquistas hechas á costa de sangre y de inmensos sacrificios.

Palma es miembro de las Reales Academias Españo-

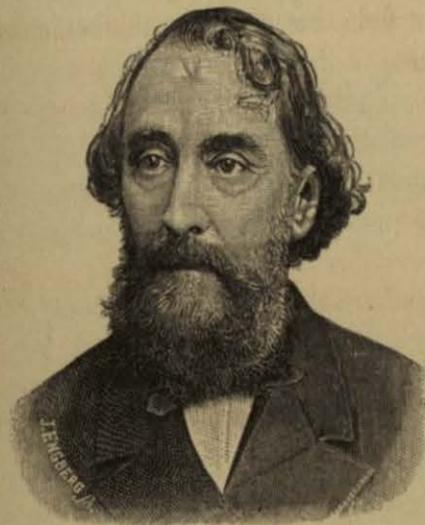
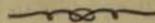
la y de la de Historia, en la clase de correspondiente, y á él se debe la instalación de la del Perú que con gran solemnidad se inauguró en Lima el 30 de Agosto de 1887 pronunciando él el discurso de orden, pieza importante porque contiene noticias por todo extremo curiosas sobre la historia de las letras en el Perú.

Ropa Vieja, es el título del último libro de "Tradiciones" publicado por Ricardo Palma, en 1889. De ese libro se han hecho tantos y tan cumplidos elogios como de los que le precedieron, y con razón, pues en sus páginas se admira la gracia inagotable del fecundo narrador y todas las excelencias que le han conquistado la celebridad de que goza.

El académico español D. Juan Valera, dirigió á Palma una linda carta luego que terminó la lectura de *Ropa Vieja* y la publicó en la *España Moderna* el 31 de Diciembre de 1889. En dicha carta, el autor de este libro ha tenido la satisfacción de ver confirmadas por el juicio de una verdadera autoridad en materias literarias las opiniones contenidas en este capítulo, cuya primera edición se hizo más de un año antes de que el académico español estudiase los escritos del célebre tradicionista peruano. El único reparo del Sr. Valera lo funda en el poco amor que Palma profesa á los jesuitas. ¡Cuestión de opiniones!

Ricardo Palma, tiene muchas simpatías por México y por los escritores mexicanos. Con varios de éstos se halla en frecuente y cariñosa correspondencia epistolar, y en el tomo de sus *Poesías* publicado hace poco, figuran algunas dedicadas á sus amigos mexicanos. En

la Biblioteca Nacional de su patria, ha logrado reunir gran número de obras publicadas en México, y no omite esfuerzo por enriquecer esa colección. Sirva esta noticia para aumentar, si cabe, la alta estima en que aquí se le tiene.



BARTOLOMÉ MITRE.

LA República Argentina cuenta, y con razón, entre sus hijos más preclaros, al Sr. D. Bartolomé Mitre. Como general, como poeta, como gobernante y como historiador, el Sr. Mitre ha ocupado un lugar eminente en los fastos de esa próspera y afortunada República. Una sola de sus numerosas producciones, la *Historia de Belgrano*, bastaría para que su nombre pasase á la posteridad, rodeado de la aureola esplendente de la gloria.

A grandes rasgos, porque tratando la materia con ex-